

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

COSMOPOLIS LUBRICA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1912.

En el último número del tan conocido semanario inglés «The Saturday Review» —el del 21 de estemes— bajo el título de: «¿Tiene todavía Francia sus ideales?» encuentro una revista del libro de J. E. C. Bodley «Cardinal Manning, and other Essays». El revistero se fija principalmente en uno de los tres ensayos que constituyen el libro y es el que titula su autor, «La decadencia del idealismo en Francia».

Como hace notar el revistero ahora, es la ocasión menos indicada para hablar de la decadencia del idealismo en Francia, ahora en que parece revivir en ella la vieja savia de su espiritualismo clásico. Testigo de mayor excepción Bergson, y la boga que su filosofía alcanza.

Ni Bodley ni su revistero parecen preocuparse gran cosa de precisar bien el sentido de ese tan ambiguo y tan mal definido término de idealismo, y de distinguirlo del intelectualismo de un lado, del espiritualismo y hasta del racionalismo. Y tanto Bodley como su revistero toman eso de idealismo en su sentido más vulgar y corriente, que es a la vez el más impreciso.

«Mr. Bodley—escribe el revistero de la «Saturday»—analiza con gran habilidad las tendencias que prevalecen en la inteligencia francesa de hoy, tal y como se han desenvuelto en los últimos treinta años de la república. Halla en las obras de Renan y Anatolio France las mayores fuerzas disolventes que han obrado destruyendo cualquier idealismo que pudiera quedar entre los jóvenes franceses. Estamos en esto del todo de acuerdo con él y permitásenos recordar que al revisar «L'ile des Pingouins» llamamos la atención sobre el deplorable hecho de que el autor emplease tan persistentemente sus grandes talentos en zapar toda la reverencia que aun se rinde a los antiguos ideales y tradiciones de Francia.»

Por mi parte, creo haberlo escrito antes de ahora en estas mismas columnas, con todo el respeto y aun más que respeto, con toda la admiración que me merece la obra tan sutil de Anatolio France, cuyo grandísimo talento es innegable, no puedo resistirle mucho tiempo. Me cansa pronto, se me hace monótono. Tanto ironía me fastidia. Echo de menos pasión en él. El ironismo profesional, la eterna sonrisa maliciosa, el continuo «sous entendu» es cosa que empalaga pronto. Nunca un grito de pasión. No es el escepticismo trágico; parece más bien una cómoda pasión para no comprometerse seriamente en el fuego de la vida. Además eso de «tout comprendre, c'est tout pardonner», «comprenderlo todo es perdonarlo todo», admite una corrección

y es que comprenderlo todo es no comprender en rigor nada.

Y hay luego en Anatolio France algo que explica su boga y la gran cantidad de sus lectores y admiradores, a la vez que muestra su flaco. Este algo es que M. France no es, en rigor, más que un literato, un «litterateur», un «homme de lettres», todo lo grande que se quiera, pero nada más que un literato. El literatismo corroe sus escritos todos. Todo es para él literatura. Ha tenido siempre una gran predilección por los asuntos religiosos—leyendas de santos, etc.—pero con una naturalza poco o nada religiosa, la religión para él se reduce a primera materia de literatura. Me hace el efecto de un fino abate laico, y sabido es que hay poco menos religioso que el tipo del abate francés del siglo XVIII. La religiosidad francesa, que es muy honda y muy fuerte, se llamará Bossuet o se llamará Pascal, pero nunca France.

«Los poderes destructivos de Renan—sigue diciendo el revistero de la «Saturday»—se ejercieron menos directamente fuera de la esfera religiosa. Presentóse él mismo como espléndido ejemplo de intenso trabajo y desinteresada aplicación en la rebusca del saber, pero cualquier directa enseñanza que diese puede muy bien decirse que fué hedonística. Lo cierto es que en una o dos de sus últimas obras más breves apareció como un adorador en la capilla de la diosa Lubricidad, en la que, según aseguraba Matthew Arnold, ha pagado siempre demasiada generosa devoción el genio francés. Pero estos dos escritores—es decir, France y Renan—tuvieron siempre presente un alto ideal de cultura y de refinado trabajo en el bien escribir.»

Entre Renan y France hay, sin duda, profundísimas diferencias dentro de una aparente unidad. También Renan pecó por hacer de la filosofía literaria, pero tuvo, sin duda, más estricta vocación filosófica. Y en cuanto a esas obras en que rindió culto a la diosa Lubricidad, debe de referirse el revistero, entre ellas a «La abadesa de Jonarre».

Yo no sé si es verdad, como Matthew Arnold decía que el país francés ha rendido demasiada generosa devoción a la diosa Lubricidad. Sé que Francia puede honrarse de haber tenido algunos de los genios más castos de que pueda el linaje humano enorgullecerse, pero sé también que las lubricidades francesas son lo que más pronto se difunde por los demás países. Acaso porque el francés es el que mejor sabe vestir la lubricidad. Porque no me atrevería a afirmar yo que el francés sea más lúbrico que el alemán o el inglés, pongo por casos, sino que la lubricidad alemana es más grosera y brutal y la inglesa más hipócrita y por lo tanto más fúnebre que la francesa.

El francés, más bien que lúbrico es sensual en el más amplio sentido de esta palabra, es decir, amigo del pasarlo bien, de la comodidad y aborrecedor no ya de la pena, sino hasta de la molestia. Es sensual y es lógico, no apasionado e intuitivo. Y en el naufragio de los viejos ideales religiosos de la antigua y heroica Francia, ideales que parece empezaban a volver a flotar, cobraron valor unas cier-



1e

as fórmulas del más huero y ramplón no sé que diga positivismo, como esa vaciedad de que «hay que vivir su vida» que ha llegado a ser divisa hasta de bandoleros. Eso y la otra vaciedad de «la foie de vivre» sólo arguyen un miedo patológico al dolor y a la muerte. Y de aquí los cazadores del placer.

La caza del placer ha desacreditado ante ciertos espíritus más rígidos y austeros que no justos a la gran metrópoli de París, y se ha atribuido a los franceses lo que no es sino cosa de una población cosmopolita de vagos de todas las naciones, o por mejor decir, de ninguna, de desarraigados sin patria alguna, de aburridos y de necios, de mentecatos con dinero a quienes una justiciera Némesis les lleva a arruinarse y a envilecerse, acabando a la vez de entontecer su nativa tontería, en las redes de cualquier aventura a la moda. Y de caída en caída se llega hasta las más bajas formas de la estupidez pornográfica, que luego se exporta a los países simlescos para regocijo de los papanatas. Y los verdaderos franceses, los franceses de Francia, los que recuerdan a sus padres, protestan indignados y con razón, del descrédito que todo eso hace caer sobre su patria.

Recientemente el ministro del interior ha dirigido una circular a las autoridades que de él dependen para poner coto a ciertas exhibiciones públicas de grabados escabrosos y provocadores que se exhiben en quioscos y escaparates, a ciertos espectáculos de algunas tabernas de Montmartre, etc., etc.

El director de la «Revue Bleue», Paul Flat, en el número también del 21 de diciembre, se ocupa de esta medida y hace notar que «es la primera vez en que un gobierno republicano, lógico en esto con la línea de conducta que se ha trazado, y que es de «gobernar», se atreve a atacar a la más grande potencia que haya en Francia y que es después de la de los destiladores de aguardiente, la de los pornógrafos», y agrega Flat: «No hay palabras bastante vivas con que felicitarle por ello, en nombre de la moral primero, del arte después, del verdadero, que está muy interesado en ello.»

«Hay que fijarse bien, en efecto—prosigue Paul Flat—en el valor que supone entre nosotros el adoptar semejante actitud, porque es atraerse, de una manera cierta e inevitable, el reproche de reacción, y bien sabe Dios cómo se aprovechan de esta palabra ciertas gentes. ¡Como si el espíritu de reacción tuviese nada que ver con una medida de salubridad y de orden públicos análoga a la que consiste en barrer un establo! ¡Y como si la libertad del arte tuviese que padecer nada de que los más indecentes descocos tengan menos facilidad para llegar a su clientela!»

Eso de gritar: ¡reacción! cuando se quiere atajar la entontecedora pornografía, este procedimiento de imbecilizar a los pueblos, es cosa también de España. Para una porción de desgraciados, liberalismo es sinónimo de libertinismo y aun de libertinaje, mientras yo estoy persuadido que el liberalismo, el verdadero, el que busca la libertad de conciencia y la justicia social, no echará entre nosotros raíces mientras no haya un núcleo de liberales que no beban sino agua, que no tengan querida y que no sepan jugar a los

naipes ni pongan una peseta a la ruleta.

Cuenta luego Paul Flat un hecho de que fué testigo. «Era en un carruaje público en que todos los puestos estaban ocupados. En el fondo estaba sentado un hombre de una cincuentena de años y junto a él su hija, que podría tener catorce o quince. Frente a ellos un viajero había abierto una hoja, en cuyo reverso se representaba una escena de orgía. El padre de familia se inclinó hacia el lector para rogarle que se guardase su hoja. Silencio glacial de éste, que hizo como si no comprendiera. Entonces, sin vacilar, de un bastonazo rompió la hoja bajo los ojos del lector estupefacto, y, hay que decirlo, impasible. Protegía así, sencillamente, la inocencia de su hija. Entre los que ocupaban los demás asientos, ¿quién le habría censurado por ello? ¿Pero quién es también el que hubiese tenido la energía de hacer otro tanto?»

Sigue M. Flat discutiendo con un buen sentido francés sobre este mismo tema y para indicar que con eso nada parece el arte. ¡El Arte! (Escribámoslo con letra mayúscula). El Arte ha servido a todos los desaprensivos de gran Galeoto, o si se quiere en femenino, de Celestina, para sus desvergüenzas lucrativas. M. Flat nos dice que él habría absuelto a la «Mme. Bovary» por la gravedad de su tono y su dolorosa conclusión, y que tampoco habría condenado «Les fleurs au Mal», por la amargura y tristeza que en ellas se hallan. Pasemos esto. Y añade: «Lo que hay que temer más que todo y combatir con la mayor energía es la «polissonnerie»—lo dejo en francés, «et pour cause»—esa sensualidad en frío que se dirige a las partes bajas de nuestra animalidad, cuyas imágenes, multiplicadas desde hace varios años con una creciente profusión, descuidadas por gobernantes que se preocupaban del interés público, han contribuido más que nada a este decaimiento moral que tiene su síntoma más grave en el desarrollo de la criminalidad juvenil.»

¡La «polissonnerie», la sensualidad en frío! ¡Y qué íntimo parentesco tiene con la ironía profesional, con el escepticismo sonriente y que lo perdona todo, porque

crece comprenderlo todo, acaso porque nada comprende! Claro está que no se me ocurre confundir a espíritus superiores, refinados y cultísimos, como era el de Renan y es el de France, con los autores de esas «polissonneries» por negocio.

Lejos de mí semejante atrocidad. ¡No, no, no! pero... Sí, pero...

Entre el mal que estudia Bodley, lo que llama la decadencia del idealismo en Francia y este mal de la explotación industrial y mercantil de la pornografía, hay, sin duda, una estrecha relación. La pérdida, o si no la pérdida el debilitamiento de la fe en un ideal de vida que trascienda de la vida misma, por lo menos de la temporal, trae eso de la «foie de vivre» y lo de «il faut vivre sa vie» y el horror al dolor y a la muerte y una cierta ternura animal patológica que puede aliarse con la más fina crueldad—hay asesinos que no pueden ver el que se maltrate a un gato—y conduce por último a algo que podríamos llamar apachismo. El apache es el último producto excrementicio o segregatorio del cosmopolitismo de los desarraigados a la caza del placer; el apache ha nacido como complemento del pobre papanatas «parvenu» que va a París a dejar sus cuartos



3-135

y no digo su alma, porque no la tiene, en los templos del placer mercenario.

Y toman al Arte de Galcoto de esas majaderías, que no otro nombre merecen. Por mi parte en cuanto oigo decir de una novela o de un poema que son perversos, ya estoy echándome a temblar, pues preveo un cataclismo de necesidades, una gima de oquedad velada por una niebla de garlitorleos estilísticos, es decir, faltos de estilo. Nunca pude darme cuenta del éxito que en ciertos cotarros alcanzó no hace muchos años una cierta novelita de M. Pierre Louys, en que además se insultaba a la sagrada memoria de Grecia. Todo ello pura «polissonnerie», sensualidad en frío; ni una chispa de pasión.

He sentido siempre una repugnancia casi fanática, una repugnancia de puritano o de cuáquero o de jansenista hacia toda esa literatura, y la he sentido tanto por sentimiento estético cuanto por sentimiento moral. Y aun más acaso por sentimiento lógico o intelectual si así puedo expresarme. En el fondo de esa literatura he visto siempre tontería, tontería y tontería. Los consumidores de pornografía son tontos o brutos, y los productores de ella tontos también, aunque no lo parezcan. La lujuria y el juego son los dos mayores exponentes de la vaciedad intelectual y espiritualidad de un pueblo.

La lujuria digo, no la pasión. Porque Dios me libre de confundir con la «polissonnerie», con la sensualidad en frío, esos eternos y trágicos modelos de la pasión fatal, de la pasión arrolladora, esos modelos como Medea, Fedra, Hero, Dido, Otelo, Francisca de Rimini, Romeo... y tantos y tantos otros. Margarita Gautier, Manon Lescaut mismas. De nuestro D. Juan Tenorio ya os tengo dicho que no le puedo soportar; me parece el más típico modelo de la tontería y la petulancia masculinas.

M. Paul Flat pide medidas como la del ministro del interior sobre los espectáculos y exhibiciones pornográficas en bien del pueblo, de este eterno menor de edad, y el revistero del libro de M. Bodley en la «Saturday Review» acaba recordando aquello de De Vogüé, de que la resurrección de Francia habrá de venir de su imperio ultramarino y de los hombres que allá le sirven. Es decir, de los que trabajan rudamente al sol desnudo y al aire libre de los desiertos o de las selvas, lejos del apoltronamiento de las ciudades ya hechas y rutinarias, arriesgando sus vidas y criando familias numerosas. Es fácil que la salud le venga a la patria francesa de esos franceses de la energía colonial y de los otros, de los franceses de Francia, de los que no viven de halagar y servir la vanidad y la tontería de los cazadores del placer o de la apariencia de placer que matan su tiempo en la gran cosmópolis, y que salen de ella sin haber conocido París, el París de Francia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES